

NATALIA REYNOSO RENZI

# DE LAS INDIAS CON AMOR



Ediciones  
**REVÓLVER**



# DE LAS INDIAS CON AMOR

NATALIA REYNOSO RENZI



Natalia Reynoso Renzi  
De las Indias con amor  
(2014)

1 Narrativa

Diseño de portada: Clémence Kertudo  
Fotografía de portada: Laura Ruggiero  
([www.flickr.com/photos/lauraruggiero](http://www.flickr.com/photos/lauraruggiero))  
Diseño de interior: Editorial Revólver  
Asesor editorial: Pablo Ferraioli  
Booktrailer: Ariel Fernández Verba  
Contacto: [edicionesrevolver@gmail.com](mailto:edicionesrevolver@gmail.com)  
[www.edicionesrevolver.com](http://www.edicionesrevolver.com)



*De las Indias con amor* de Natalia Reynoso Renzi  
está bajo licencia Creative Commons  
Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual  
4.0 Internacional License.

*Para Claudia Rossi y Eloy Alazard*

# PRÓLOGO

Los personajes de esta historia son imaginarios, no así el paisaje ni la época. A fines del siglo pasado existía, entre los jóvenes proletarios argentinos, la creencia de que con una temporada de trabajo estival en los restaurantes y bares de la costa Atlántica se podía vivir el invierno como una hormiga, sin tener que trabajar. Mi país ha visto romperse ilusiones más grandes que esa, pero de aquel espejismo tengo una constancia de primera mano debido a una irrepetible experiencia personal.

En 1994, confiando en ese sueño, un grupo de amigos y yo nos estrellamos a la orilla del mar con mesoneros repugnantes, sueldos renacuajos, turistas cafres y esperpénticos problemas de convivencia. Todo un precipitado para el relato espeso de una señorita amarga de diecinueve años. Pero no es mi intención aburrirlos con mi biografía adolescente, por fortuna el olvido cumple su función higiénica con imprevista puntualidad.

De todas maneras los caminos de la inspiración son inescrutables, y cuando ocho años más tarde compartí un piso en Madrid, con otros veinte inmigrantes, la necesidad de un espacio propio me llevó a utilizar las mañanas para escribir esta historia, que transcurre en la costa de aquellos mortecinos noventas. De ahí salieron unos personajes de los que nunca había tenido noticias, ni volvería a tener.

En cambio el tema es recurrente: el amor, esa fuerza que une a las personas para transformar el tiempo en el que viven, y también de las cicatrices misteriosas que oculta.

Barcelona, abril de 2014  
N.R.R.

**DE LAS INDIAS CON AMOR**

*En efecto, las cosas son como mínimo dobles.*

Marcel Proust

Desde un principio Antón Cugat dio la impresión de ser un tipo de esos que no tienen problemas con nadie, ni la manía de andar creándolos. Cuando se instaló en la pensión de Teresa se convirtió en el tercer inquilino. Para entonces Renzo y yo hacía rato que estábamos en la casa.

Teresa empezó a alquilar las habitaciones, que habían sido de sus hijos, tras la muerte de Roque, su marido. Antes no se había animado, y eso que la quimioterapia les estaba pelando por completo las jubilaciones; la de ella que era una miseria por haber sido maestra, y la del marido, una risa, por haber trabajado siempre de policía.

A nosotros no nos había pedido ninguna referencia porque nos conocía desde chicos. Los dos jugábamos con sus hijos y después, ya de adolescentes, salíamos a la noche. Pero a ellos los mandaron enseguida a estudiar a la capital, donde al final se tuvieron que buscar un trabajo, y nosotros nos casamos, porque éramos novios de toda la vida y no nos gustaba estudiar.

Ahí nos fuimos a vivir con ella y por ser los primeros nos dejó la habitación matrimonial, supongo que le haría acordar al muerto. Además era la más grande y querría que estuviésemos cómodos. Ella conocía la casa de mi suegra, porque había sido su amiga, y sabía que, con tantos hermanos, en lo de mi marido no teníamos ni donde clavar un alfiler. De la casa de mis padres mejor ni hablemos, porque los dos están muertos y mis hermanos casi que también.

Con los demás inquilinos, Teresa ya no fue tan atenta. No digo que haya sido mala, pero no se preocupó de mantener el tercer

cuarto ocupado como habría hecho cualquier casera ambiciosa. Por eso se dio que los inquilinos de esa habitación fueran sucediéndose, un mes sí, un mes no, a veces sin completar la quincena; y pasaban períodos en los que ni siquiera venía gente a preguntar.

No nos podíamos quejar. Disfrutábamos de toda la casa, del jardín, el living-comedor, la cocina, el lavadero y la terraza por el precio de una habitación doble.

Para quitar el tufo a enfermo que había en la habitación tiramos el colchón y trajimos el nuestro, que nos habían regalado unos tíos de Renzo. Las cortinas que colgamos las había heredado de mi mamá y las había tejido mi abuela en el telar con hilos naranjas y amarillos.

El juego de dormitorio, hecho en madera de laurel, se lo habían regalado a Teresa cuando nació Dani, su primer hijo, y era un regalo atrasado de unos parientes de San Juan que no se habían enterado del casamiento. Roque, que todavía era cabo de policía, había mirado las cuatro fotos de la boda y, al darse cuenta que se había olvidado de invitar a los únicos parientes forrados, decidió que su primogénito fuese apadrinado por estos bodegueros.

A lo mejor fue por eso que Dani andaba siempre desangelado. Tenía los padrinos lejos y nunca recibió más regalos que ese juego de dormitorio, que al fin de cuentas no era para él. Y así se hizo fuerte y resentido, y durante años nos sometió a su voluntad, sobre todo a las chicas. Yo pensaba que lo único que se podía esperar del hijo de un policía era eso, pero ahora, después de lo que hizo por nosotros, veo que me equivocaba.

Desde el primer día a Teresa la sentíamos de la familia, comíamos juntos, a la tarde el mate, y los domingos Renzo nos llevaba a las dos en la camioneta del reparto a dar una vuelta por la playa, que en otoño, con un abrigo encima de los hombros, es un paseo precioso para que el fin de semana corra más pronto.

En esos años, cuando éramos tres, Eugenia todavía ocupaba la casa de al lado. A veces llamaba para preguntar si no teníamos

a Fermín, su gato, el pobrecito parecía que ya sabía donde se le iban a terminar los días. Nosotros ni nos dábamos cuenta de que se metía por el ventiluz del baño. Eugenia empezaba a llamarlo en un idioma que sólo el misho entendía, hasta que aparecía el bicho desperezándose, caminando despacito por el pasillo desde el cuarto desocupado.

Una tarde vino a pedirle a Teresa si podía encargarse de regarle las plantas de la entrada y darle de comer a Fermín, porque ella se iba a Mar del Plata por un congreso de astrología. Teresa le dijo que sí, que ningún problema, pero se olvidó de preguntarle cuándo iba a volver. Entonces las cosas cambiaron, pero no para mal. Al otro día se presentó Antón y alquiló la tercera habitación.

Ya dije que al principio nos pareció de lo más inofensivo, aunque estaría mintiendo si no dijese que un poco nos hinchaba que se nos metiera alguien más en la intimidad que habíamos formado. Y será por eso, para disimular el rechazo egoísta que sentimos de entrada que esa misma noche lo invitamos a comer, así no tenía que quedarse solo en el cuarto, le dijimos, como excusándonos de agasajarlo.

La verdad es que nuestros días nos deparaban bien poco de novedad, y con cualquier cosa nos poníamos a exagerar. Quizá esto explique que Teresa contara lo del congreso de astrología, aunque ya lo había dicho el día anterior. El gusto de Eugenia por la adivinación era una novedad, de ahí que nos resultara tan descolgado lo del congreso y lo tomáramos para jorobar. En todo caso, sirvió para romper el hielo, porque hasta ese momento Antón tragaba empanadas en silencio.

Por lo que teníamos entendido no le gustaban los chicos, no tenía hijos, ni marido, y en lugar de ejercer de maestra, como hacían las mujeres de entonces al terminar el secundario, se había incorporado en la administración pública, hasta llegar a jefa de personal del Ministerio de Salud. Tras veinte años de servicio, una tarde, llevando unos expedientes al archivo, se cayó de una

escalera. Después de un juicio largo, en el que los abogados del gremio la defendieron, pero al mismo tiempo la vendían, en lugar de una indemnización gorda por accidente de trabajo, le dieron la jubilación adelantada de una empleada pública sin rango.

Hay que reconocer que lo de la astrología no enganchó mucho, pero sirvió para pasar a otros temas, y al rato nomás ya estábamos los cuatro instalados en los sillones del living, probando un vino que nos habían regalado el año anterior, y Antón se nos reveló como un conversador atento.

No estaba de paso, después de mucho trajinar por la provincia había decidido clavarse acá. Mar de Ajó le había gustado por la playa y porque no tiene esas pretensiones turísticas que le agarran a San Bernardo en verano, con el aluvión de adolescentes que se quieren llevar el mundo por delante, en las primeras vacaciones que salen solos.

Se decía que el nuestro era un pueblo de viejos pero, si me pongo a calcular, para cuando llegó, Antón no pasaba los treinta y cuatro, nosotros estábamos en los veintiséis, y Teresa ya tenía cincuenta y ocho; eso lo sé porque siempre me impresionó que hubiese enviudado tan joven, a los cincuenta y tres.

Hacía un poco menos de cinco años que llevábamos el tiempo con nuestros pasos, acostumbrados a la casa como a los zapatos viejos, y a los quince días de la llegada de Antón ya no hablábamos de Eugenia por la costumbre de tener a Fermín entre nosotros. Pronto nos habituamos a darle al gato los restos de nuestras comidas en un plato con borde dorado de un juego que tenía una taza rota.

La primera carta la recibió Antón en pijama. Había cruzado corriendo por el comedor donde Teresa y yo desayunábamos. Nosotras no nos habíamos levantado con el timbre porque sabíamos que él estaba esperando un cheque de Buenos Aires. Para el almuerzo ya se había cambiado y cuando le dio a Teresa la carta de Eugenia se disculpó por haberla abierto al confundirla con una suya.

Por lo general esos detalles no pasan tan desapercibidos, pero

Teresa, con esa habilidad inocente que tiene para que nadie se sienta incómodo, recibió el sobre encantada y se puso a leerlo para todos. Esa primera vez Eugenia no contaba muchas cosas, más que nada avisaba que no iba a poder volver cuando pensaba, porque le habían descubierto un bultito abajo del brazo, y tendría que quedarse unos días más en la clínica. Nos pedía que no nos olvidáramos de Fermín ni de las plantas y, además de agradecernos, nos mandaba cien pesos para la comida del gato.

Era una exageración, por supuesto, el gato pedía las sobras, y Eugenia nunca mencionó que tuviésemos que comprar algún alimento especial. Entonces Renzo dijo que íbamos a pasar un tiempo más sin verla y yo desconfié de la insignificancia del bultito debajo del brazo, Teresa pensaba que podía ser que ella hubiese entendido mal lo del congreso, y así cada uno ponía su versión.

Sin conocerla hasta Antón se había hecho una película. Decía que Eugenia sabía que estaba enferma y que se había inventado el congreso para poder viajar sin darse más manija. También decía que ahora, que Eugenia había corroborado sus temores, no le preocupaba tanto corregirse como ser práctica.

Entonces nos acostumbramos a las sugerencias y también a las descripciones largas. Nos hicimos el rito de leer las cartas en la mesa antes de servir la comida y después las contestábamos entre todos con un té. Al principio cada uno ponía lo que quería, siguiendo el párrafo que había escrito el anterior, hasta que decidimos que yo escribiera lo que Antón me dictaba, de acuerdo a lo que íbamos diciendo entre todos. Después de leer el resultado en voz alta le introducíamos las últimas correcciones, la metíamos en el sobre y Renzo la despachaba al día siguiente.

Aún ahora resulta interesante revisar la caligrafía de Eugenia. Pero mucho más curioso es que aquella escritura picuda estuviera hecha con lápiz. A Teresa le constaba, por haber sido compañeras de magisterio, que Eugenia sabía que los trazos en grafito se desdibujan con el tiempo y se prestan a la confusión.

Como cuando insistía en que viésemos *Quebracho*, otra terquedad. Tendría que haber sabido que nosotros no teníamos video, ni siquiera un videoclub cercano donde alquilarlo.

Por otro lado, como entre nosotros la elección del menú siempre daba lugar a desacuerdos, lo bueno era que las cartas que llegaban nos resolvían ese inconveniente diario. Bastaba con que ella mencionara que había salido a dar una vuelta por la rambla, y que un temporal la había obligado a meterse en un bolichito a tomarse un té con los medicamentos, para que el olor de una paella la tentara a pedir una ración de mariscos. Ese párrafo suelto, dentro del recorrido minucioso que nos hacía de sus días, nos abría un laberinto de alternativas para saldar nuestras diferencias. A partir de los mariscos podíamos derivar al pescado, de la paella saltábamos al arroz, del arroz al pollo, y del pollo a las papas había un paso hasta acordar que la cena de aquella noche sería, según las posibilidades de aquel entonces, una fuente de papas y zanahorias, cortadas en cubitos y hervidas, condimentadas con mayonesa. Para el postre nos arreglábamos con alguna fruta pelada y un té con mucha azúcar, en el caso de que nos hubiésemos quedado con hambre.

Reconozco que mi gusto por retocar se vio potenciado al ser la encargada de escribir las cartas. Yo insistía mucho con el estilo y, aunque no siempre lograba convencerlos, los iba notando cada vez más exigentes, hasta que todos terminaron contagiados con este gusto por las formas.

Como cuando a Antón se le ocurrió pintar la fachada de la casa de Eugenia para mandarle las fotos. Dijo que eso la iba animar en los controles del sanatorio. Tenía razón. Eugenia nos contestó encantadísima y nos pidió que se la pintáramos toda. Hasta nos mandó ciento cincuenta pesos para la pintura y por el trabajo que de antemano nos mostrábamos dispuestos a hacerle. También guardó la llave en un sobre de plástico (de esos que tienen redondelitos que explotan al presionarlos) junto a una lista de los colores para cada habitación; y en un sobre aparte, cincuenta pesos más para

la comida del gato, porque le habían diagnosticado que se tenía que quedar otro tiempito.

El diminutivo lo usó ella, pero como nosotros estábamos muy entrenados en eso de darle vuelta el sentido a las cosas, y todas las cosas se nombran con palabras, decidimos que tiempito era para largo, y que el diminutivo trataba de empequeñecer una cuestión más grave: afrontar una internación que se iba revelando inminente. Seguimos en ese tren y entendimos que, si Eugenia nos decía tiempito, estaba también disimulando la dificultad para pagar el tratamiento, sumado a los gastos de alojamiento ya de por sí excesivos en plena temporada marplatense.

Así que, con estas deducciones, entendimos que teníamos vía libre para alquilarle la casa y mandarle dinero, para que no le falte, que al fin y al cabo es lo que termina enfermando a cualquiera. Para nosotros su inquietud quedaba en evidencia por la organización de los distintos montoncitos de billetes, que Eugenia había ensobrado en papeles de carbónico, para que el correo no los reconociera.

Ahí empezamos a andar con la plata manchada. En la siguiente carta le mandamos billetes limpios del alquiler, también le contábamos que mi marido y yo nos habíamos mudado allá, para tenerle la casa bien cuidada, y que además le habíamos arreglado el calefón. El mismo día que nos fuimos, Antón se cambió a nuestra habitación, y Teresa se puso contenta porque se le había desocupado la más chica. Nunca terminaba de acomodar sus trastos.

Si se pudiera leer en la borra de mi incinerador de perfumes se podría deducir que todavía en aquella época yo no tenía el olfato aguzado, vivía intoxicada de jazmín. Después puede que me haya refinado un poco, aunque con las flores de Renzo no llegué a oler lo que pasaba.

Pero la realidad es que no nos fue tan mal. La familia que nos alquiló tomó las habitaciones verde y rosa. Nosotros preferimos quedarnos en la naranja, la más espaciosa. Además, contábamos con un cuartito azul, con balcón a la calle, para nuestras escapadas

solitarias, que las teníamos; sobre todo yo, porque al moverme al azul, Renzo pudo disfrutar de su intimidad naranja sin tener que irse.

Para sentirme dueña del ambiente, lo primero que coloqué fue un portarretratos de amatistas con una foto en la que estamos con Renzo y Antón, lo puse entre el incinerador y el extracto de jazmín que Teresa me había regalado en un frasco de cristal. Quién sabe por qué dejé esa fotografía, mi idea era ir cambiándola según mi capricho.

Pero está visto que las costumbres, la inercia de los pequeños actos que nos construyen, los elementos con los que nos rodeamos a diario, pueden componer un santuario aburrido de nosotros mismos. También es verdad que cualquier hueco entre dos hábitos permite escaparnos de nuestra red de angustias.

En la fotografía que nos había sacado Teresa estábamos en plena pintada de la fachada. Habíamos acordado que un verde manzana se vería más saludable que aquel rosa enfermo. Y nuestra amiga al respondernos, junto con el dinero para que pintemos el resto de la casa, nos había hablado de mejoría.

En la foto que me quedé yo, aparecía Fermín al fondo, husmeando los tachos de pintura de un reparto que le había quedado a Renzo sin darse cuenta. Después de disparar otra foto descubrimos que se había metido una rata y Antón, embalado como estaba, la mató con el mango del rodillo. Fue Teresa la que se encargó de sacarla y echar un balde de agua con acaroína.

Le pedí la foto con tanta insistencia que me la regaló. La había revelado junto a otras de cuando habían venido los nietos de Buenos Aires. A Eugenia le mandamos una con la fachada verde terminada y sin nadie delante, para no tapar el trabajo. Teresa estaba chocha con las fotos de los dos nenes trepándose por la parra. Los había mandado para hacer un vinagre y ahora tenemos dos botellas de un menjunje fuertísimo que no nos atrevemos a usar mucho. Los retratos de los chicos cosechando uvas se desparraman por tres

paredes y la cómoda de Teresa; a nuestra foto, en cambio, no me animé a sacarla del marco de amatistas.

Desde el principio estuvo el hechizo: Antón, Renzo y yo, abrazados y sonriendo. Cada vez que veo esta foto la recuerdo a Teresa señalando las latas, a Renzo apartando a Fermín, y a Antón matando a la rata con un rodillo, mientras yo, evidentemente, no hacía más que mirar y no asustarme.

Qué tanto, una rata es una rata. Insistí en sepultarla debajo de la parra. Se me ocurrió decirle a Teresa que si la enterrábamos cerca de las raíces, la planta se iba a poner contenta y al año siguiente nos lo iba a agradecer con uvas más dulces. Teresa se impresionó tanto con la idea que no hubo manera de convencerla.

Además, el que se murió al día siguiente fue Fermín, y al cabo de unos veranos tuvimos peras jugosas para postre, ya que la parra (que en febrero se llenaba de bichos) la talamos después de enterrar al gato en donde plantaríamos el peral, y echamos la acaroina por el inodoro; no fuera cosa queuviésemos otra desgracia ahora que vivíamos con chicos.

La familia que llegó nos ayudó mucho. Cuando Renzo se quedó sin repartos la entrada principal la tuvimos por el alquiler de ellos. Antón propuso, y Teresa estuvo de acuerdo, que la mitad de su arriendo se lo mandáramos a Eugenia. Quién sabe cómo estaría. Aún no habíamos recibido respuesta de la carta anterior en la que le hablábamos de alquilarle la casa. Omitimos lo del gato para no deprimirla.

Íbamos de una casa a la otra como ocho abejas. Los nuevos eran cuatro: la mujer, la chica, los bebés. Pero al poquito tiempo ya eran más que eso, los bebés pasaron a ser Marieta, que había nacido sorda hacía tres años, y Bernabé, que no lloraba nunca, o lloraba tan bajo que apenas lo escuchábamos. La mujer era Clara y trabajaba dos turnos de cocinera en el restaurante de Mauro, que le dejaba traer comida porque se llevaban bien. Cada tanto él venía de visita, tenía debilidad por Bernabé; Marieta se escondía

cuando veía el Chevrolet por la ventana.

La chica era chica de verdad, tenía once años y al principio parecía que se aburría. Se le notaba que Antón no le caía bien, y se la pasaba charlando con Renzo. No le gustaba traer amigas, pero tampoco se iba de visita y, en el fondo, no era por timidez. Era Esperanza.

A Teresa se le ocurrió, al principio en broma, que con tantos chicos lo mejor era tirar abajo la medianera, para que tuvieran un parque grande donde jugar sin peligro, pero tras un par de carcajadas, la intuición de una oportunidad hizo que la gracia se esfumara y se materializó en un proyecto serio. Hacía más de un mes que no recibíamos carta de Eugenia, de los últimos dos envíos no habíamos tenido respuesta. Según Antón lo mejor era avisarle lo que queríamos hacer y de paso averiguar cómo andaba. Fue instantáneo, a los cuatro nos agarró la preocupación y nos reunimos como cuando estábamos solos. Con las mudanzas, el tiempo se había comido las reuniones, y nuestra correspondencia elaborada en conjunto también había quedado ahí. Sólo habíamos pensado en enviarle dinero. Qué fríos, nos recriminamos entonces.

Estábamos los cuatro alrededor de una tetera de valeriana. Antón cargaba la segunda ronda de tazas cuando apareció Esperanza, que había dejado durmiendo a sus hermanos, con el tablero de ajedrez bajo el brazo. Desde que Renzo no hacía repartos habían comenzado un torneo que los tenía cabeza a cabeza. Mi marido la invitó a sentarse y yo me fui a la cocina, a calentar más agua, traer otra taza y unas galletitas de miel. Al volver me encontré con que Teresa había descubierto que la letra de Esperanza era más redonda que la mía; observamos que las emes y las enes eran claras y se diferenciaban mejor de las ues.

Para no molestar, la nena se había puesto a dibujar su nombre en una de las hojas blancas del talonario, que reservábamos para nuestra amiga. En el primer folio fino, con guarda de ribete azul, podía leerse que la chica, en un punto impreciso de la reunión,

se había cansado de dibujar esperanzas y pasó a escribir nuestros nombres, como si estuviese tomando acta de una confabulación. La dejé ocupar mi lugar y me senté al lado de Antón, para planificar cómo explicarle a Eugenia la idea de Teresa. Renzo se puso a acomodar las piezas en el tablero y movió un peón, mientras no escribiera, Esperanza aceptaba jugarle con las negras.

Otra vez Eugenia no contestó, así que pasado otro mes, por esa convención popular por la que suponemos que el que se calla está de acuerdo, entendimos que podíamos tirar la medianera que separaba los patios; y además pensamos en habilitar una puerta entre el pasillo que daba a las habitaciones de su casa y al comedor de Teresa. A los mazazos tiramos el paredón que dividía los patios. La puerta la compramos por chauchas en un remate, era alta, de madera, y Teresa la dejó amarilla con los restos de pintura que habían quedado. Como tenía cuatro vidrios compartimentados, me puse a tejer una cortina al crochet, con hilo rojo oscuro, que formaba una malla de círculos e intersecciones que dejaba filtrar la luz.

Al principio fueron sólo juegos: un trapecio colgando de la estructura de fierro donde antes había crecido la parra, un neumático bajo el sauce. Después, sobre la ventana de la habitación de Clara, armamos un toldo, y de ahí colgamos una hamaca paraguaya.

¿Y el perfume nuevo cómo apareció?

Cada vez que Esperanza se colgaba a hacer pruebas del trapecio y pasaba un rato hamacándose con los brazos, se le calentaba la cabeza y los fierros desnudos le quemaban. En la casa ya nos habíamos hecho a la idea de que todo tenía una solución a nuestro alcance. Fue pasar una noche poniéndole paños fríos en la cabeza y verle las ampollas en las piernas, para que nos decidiéramos a plantar una enredadera que diera sombra al trapecio. Además nos gustó la idea de tener una pérgola como galería para tomar mates al fresco. Teresa consiguió un gajo de campanilla, que es un yuyo que crece rápido y tiene flores blancas y violetas de olor

penetrante, donde se zambullen los picaflores a comer insectos.

El jardín comenzaba en las ventanas que daban al patio, con las macetas atiborradas de geranios, romero, albahaca y hierba buena. A Clara se le daban bien las plantas. Mauro le había preparado almácigos de especias para que se trajera a la casa porque en el restaurante ya no quedaba sitio. Tenían tantas que cada vez que los clientes elogiaban el clima que daba la vegetación, ellos se reían y en los días en que el restaurant se saturaba de clientela lo llamaban la selva o el infierno verde. Y como Renzo se encargó de cuidárselas, manteniéndolas a la sombra cuando ella no estaba y poniéndoles gotitas de agua al final de la tarde, Clara descubrió que él también tenía los dedos verdes. De esas manos nació una vocación.

Sobre la tumba de Fermín plantamos el peral, pero las cosas no se quedaron en eso, de inmediato surgieron los proyectos de huerta. Calculamos las posibilidades de cultivo según la estación, las lluvias, los insectos, la sombra, la consistencia de la tierra, el olor. Nuestro jardín, que antes había sido casi un descampado separado por un muro, con apenas un sauce y una parra en cada uno de los sectores, se transformó en un espacio de coordenadas nuevas.

Ya a los doce años Esperanza era una mujer fuerte, con la cabeza rubia y los huesos largos de una vikinga joven. Ella y Renzo hicieron los surcos para la huerta, sembraron tomates, acelga, cebollas, berenjenas, pimientos y zanahoria; para confundir a los bichos, plantaron flores aromáticas y de colores vivos. A mí me regalaron un arbolito de jazmín que creció en donde antes había estado el centro de la medianera, y en primavera su olor entraba por la ventana del comedor de Teresa. A partir de ahí nunca nos faltó la comida ni volvimos a discutir por la cena. Clara y Mauro se encargaban de procurar la carne y la leche, para que los niños crecieran sanos, y yo lavé el frasco de perfume de jazmín para guardar el té que compraba en el mercado de los chinos, que se habían instalado al lado del restaurante. El olor de los jazmines

se volvió auténtico con las flores que Renzo me cortaba para adornar la casa.

No sé exactamente cuánto tiempo dejamos pasar hasta acordarnos otra vez de Eugenia. El hecho de habernos embarcado en tantas remodelaciones y proyectos hizo que nos olvidáramos del origen de nuestra fortuna, pero estoy segura de que todo lo hacíamos sin mala intención.

El nombre de Eugenia volvió a aparecer entre nosotros un poco por casualidad, y otro poco por ese anhelo mío de cambiar las cosas en sus detalles. En el cuarto azul, a donde me escapaba para estar sola, se habían ido acumulado una serie de libros y cacharos que me parecían agradables a la vista y me facilitaban los recuerdos. Pero llegó un día en que el espacio quedó pequeño. Si quería mantener mi capricho por los objetos, tenía que deshacerme de alguno de los muebles que estaban ahí desde los tiempos de Eugenia y Fermín.

La mesa de luz y el armario formaban parte del mismo juego, eran de roble y yo jamás hubiera logrado moverlos. De la silla y del diván no estaba dispuesta a desprenderme, porque la silla me gustaba mucho y el diván me servía para reposar. En cambio, el escritorio de metal, seguramente confiscado por Eugenia en la remodelación de alguna oficina de Salud Pública, desde el comienzo me había perjudicado. No me dejaba espacio para bailar, y su fealdad se multiplicaba hasta el infinito en los dos espejos que colgaban enfrentados. Si no lo había volado antes era sólo porque no pasaba por la puerta. Deducía que lo habían entrado por el balcón. Y ahí empecé a preguntarme cosas sobre Eugenia, a pensar en quién la habría ayudado y por qué.

Igual, esto de sacar el escritorio por la ventana siempre lo dejaba para adelante. Un día lo di vuelta sólo para cerciorarme de que era inútil tratar de desarmarlo. Primero lo vacié de mis cosas: lápices, pañuelos, monedas, un puñalito con mango de asta de ciervo que había sido de mi abuelo Trufkén, y todo lo otro que rara vez hace falta, pero que siempre es agradable encontrar.

Es curiosa la cantidad de escondrijos que puede guardar un escritorio de oficina. Detrás del cajón del medio, por la parte de abajo, encontré una gaveta alargada que se abría a presión. Lugar inaccesible si se encuentra en la posición corriente de patas para abajo, salvo que uno se agache. Así lo habría descubierto Eugenia, posiblemente de casualidad al recoger una pelotita de goma. A ella estaban dirigidas las cartas que encontré en la gaveta.

Eran de mujer y estaban escritas con lápiz. ¿Tengo que decir que eran de amor? Más bien formaban un collage de frases que nadie se había atrevido a pegar. Y no sólo hablaban de amor, pero siempre hablaban de mujeres, o podían estar haciéndolo; como sugiriendo que las mujeres no eran algo diferente del todo, sólo por constituir la mitad del todo; las mujeres, digo.

Si se trataba de un secreto, es natural que yo me preguntara si debía andar exponiéndolo al resto. Por otro lado, sacarlo a la luz para mí significaba dejar entrar a alguien en mi intimidad, cosa que no estaba dispuesta a hacer, porque con la posesión de aquel sitio me había vuelto cada vez más celosa.

Pero como se trataba de papeles que se habían borrado con los años, para descifrarlos se hacía necesaria la cooperación. Así decidí consultarlos con Antón, que era una persona reservada. Además, era el que menos ocupado estaba con respecto al resto; todos tan metidos en los emprendimientos que se habían ido inventando para pasar los días y hacer que lo que nos rodeaba fuera hermoso y habitable.

Lo invité una tarde en que Renzo y Esperanza habían salido a comprar insecticida para unos pulgones blancos y raros que habían aparecido en los pimientos. Durante esos días Teresa se la pasaba ayudando a Clara y a Mauro en el restaurante. Desde que había empezado la temporada no daban abasto con la clientela de turistas que venían de San Bernardo a buscar un poco de tranquilidad en Mar de Ajó. Corríamos el peligro de que la playa se nos transformara en un cementerio de latas y vidrios, así que

para cuidar a Marieta y a Bernabé, yo prefería quedarme en casa mirándolos por la ventana jugar con los baldecitos y la manguera bajo la pérgola.

Preparé un té en hebras y llevé la tetera en una bandeja de madera, con dos tazas y un plato con galletitas de miel. Estábamos tan entretenidos con el hallazgo de las cartas que vaciamos la tetera y tuve que preparar más té. Hacía calor, así que preferimos tomarlo en copas con hielo. No sé el tiempo que estuvimos ahí hasta que escuchamos el ruido de la cerradura. Entonces salimos de la habitación azul.

*Amor: De tanto hablarte me salen cosas que ni yo misma pensaba que iba a decirte. Si alguien me lo hubiese dicho lo más probable es que me hubiese reído, y ya sé, te parecerá un comentario superficial, porque desde que me encontraste por primera vez en el pasillo lo tenías en mente, la forma en que yo, sin planearlo, me fui acercando, evitando pensar en las consecuencias, sin darme cuenta que aceptando y aún más, devolviéndote las miradas, me estaba transformando la manera de vivir. Ahora tengo la conciencia cambiada, nada de lo que pensaba y sentía antes encaja con esta forma nueva mía, pero supongo que ya te debo tener agotada hablando otra vez de esta maravilla que para vos siempre fue una certeza.*

Hasta acá era fácil, ya no tanto la página siguiente, pero bien leída no prestaba lugar a confusión. La mujer decía: *Para mí el rasgo más importante de todo esto es que las dos estábamos vestidas de azul.*

La carta más larga tenía pasajes negros densos, que sólo permitían entender fragmentos como este: *...en cambio el pelado Cortí, qué tipo desagradable, yo no quisiera pecar de chismosa, pero me acuerdo perfectamente que aquella vez, cuando estábamos reunidos en lo de Estela, mirando la película; por otra parte qué acierto tu recomendación, deberías dedicarte a la crítica de cine con ese gusto tan sensible que tenés. Te decía que aquel día que nos*

*juntamos todos los del segundo piso, yo no sé porqué mantenemos esa costumbre de juntarnos cada mes con gente como Corti, te acordás que el paparulo se fue con la mujer, supongo que para que no lo cargáramos, porque la señora, con esa cara de limón que tiene, se le nota a la legua que no soporta ni una mano. Y bueno, el tipo se la pasó escudándose en que, como estaba con alguien de la familia, a él no lo metieran en quilombos, y no aceptó jugar a las verdades, pero bien que cada vez que un compañero tiraba el dado, para ver con quién le tocaba enfrentarse, él no dejaba de hacer alguno de esos comentarios que le salen a él. ¡Qué mogólico! Yo no sé cómo hiciste para no estamparle un tortazo en el medio de esa jeta de infeliz que tiene. En cambio, educada como siempre y súper ingeniosa, hiciste un chiste del que todo el mundo se rió, es una lástima que yo no me lo acuerde, ¿qué dijiste, te acordás? Y en seguidita nomás recomendaste que para la próxima viésemos Quebracho. Gracias, mi amor, te lo debo, me alumbraste la cabeza y supongo que a más de uno, ya que al mes siguiente en lo de Tito y Aurora, después de verla, nos quedamos mudos como cinco minutos, porque cualquier cosa que se dijese parecía tan poco, o tan de más. Eso gracias a que el pelado Corti no pudo ir porque se había esguinzado jugando al tenis, si será im...*

Más abajo Antón leyó: *El otro día, entre los expedientes que tenía que devolver a mesa de entradas, me encontré un memorando escrito con tu letra y casi me pongo a... ¿gatear? Aquí también la letra se volvía inteligible y a los pocos renglones terminaba sin que pudiéramos entender la firma de la otra empleada, si es que la había firmado, ya que para Eugenia no habría dudas sobre la identidad de su amante; y puede que ambas hayan tomado alguna medida de seguridad, al tratarse de una correspondencia que se realizaba en el interior de un edificio público.*

En las demás hojas la lectura era todavía más complicada, los trazos en lápiz habían perdido nitidez y algunas frases quedaban inconclusas. Por ejemplo, en el reverso de una factura de unos

caños de PVC con fecha del 92, se alcanzaba a leer: *detrás de tu máscara relampaguea la noche...* y nada más.

Las últimas hojas tenían demasiados tachones, una borrasca de líneas y zigzags esfumados hablaban de *basta con...*, luego *un desafío*, más adelante se entendía *no es tiempo* y terminaba preguntando *para qué me mentiste, forra*.

Las leímos dos veces, al principio encantados con el descubrimiento, después algo frustrados por no sacarles más jugo, y las apartamos bajo la silla. Al rato llegó Teresa deshecha de cansancio y aunque no era el momento más adecuado, acelerados como estábamos, empezamos a hablarle de Eugenia. No mencionamos las cartas, por supuesto, pero sí nos preguntamos cómo estaría, si se habría curado o no, le fuimos incitando la curiosidad, hasta que el agotamiento le desapareció tras una cortina de culpa.

Y si hay algo que Teresa tuvo siempre fue facilidad de compasión. Ella fue la que planteó que no nos podíamos quedar de brazos cruzados, que teníamos que hacer algo por Eugenia, que había hecho tanto por nosotros. Así fue que después de llamar a Mar del Plata, al hotel y al sanatorio, sin obtener noticias, decidimos que teníamos que ir hasta allá para hablar con los conserjes, los médicos y las enfermeras que la trataban.

El problema era quién, cuándo y con qué dinero. Si bien con las iniciativas que iban surgiendo entre nosotros teníamos asegurado el día a día, no contábamos con dinero extra para pasajes ni para una excursión de búsqueda.

¿Qué podíamos hacer? Antón recibía cada tanto unos cheques que le enviaba su hermano menor, pero eran por cantidades pequeñas y no alcanzaban para mantenerse en Mar de Ajó y al mismo tiempo enrolarse de turista en Mar del Plata. Además, Antón no sabría reconocer a Eugenia porque nunca la había visto. Renzo y yo tampoco teníamos más entrada que la del alquiler que nos pagaba Clara. Al fin de cuentas lo que hacíamos era administrar ese dinero para pagar los impuestos y los demás gastos en

metálico, además de cuidar a los chicos mientras Clara trabajaba, y mantener la casa confortable, con una huerta que nos daba de comer. Con la jubilación de Teresa, aún sumando la pensión del marido, tampoco podíamos contar. Ese dinero ya estaba asignado para mantener las condiciones de estabilidad que habíamos alcanzado para los nueve, incluyendo los envíos mensuales a Eugenia.

Convinimos en que lo más adecuado era viajar en auto. La camioneta que Renzo usaba para los repartos la habíamos tenido que vender porque, desde que a mi marido le habían quitado los repartos, mantenerla en uso significaba un gasto que no se amortizaba, y tenerla parada era un desperdicio que, además de devaluarla, la estaba convirtiendo en chatarra despintada bajo el sol y las lluvias de primavera. Se la vendimos a unos gitanos y la plata la tuvimos que usar para pagar unas boletas atrasadas, porque cuando nos mudamos del lado de Eugenia nos encontramos un aviso de corte de la compañía de electricidad. Para movernos por el pueblo, e incluso para ir a la playa, nos manejábamos caminando o en bicicleta.

Una vez con Renzo llegamos hasta San Clemente, habíamos pedaleado por la Interbalnearia seis horas, sin pensar en la vuelta, y cuando nos cansamos nos tiramos en una playa, donde la arena parece más limpia que la nuestra y el oleaje es mayor. Nos quitamos el sudor de la ruta golpeándonos contra las olas saladas y no recuerdo ninguna palabra precisa de las conversaciones que tuvimos, me quedan todas confundidas con los gritos que lanzábamos en el agua, cuando jugábamos a ahogarnos y a rescatarnos a los besos. Pasamos el resto de la tarde aprovechando el silencio, interrumpido sólo un momento por la visita de una cuadrilla de caballos sueltos que no parecieron darse cuenta de nuestras miradas.

La vuelta la hicimos arreando las bicis, sin fuerza para pedalear más, hasta que, a la altura de Aguas Verdes, le hicimos dedo a un camión que llevaba bidones de aceite de girasol. Renzo tuvo la idea de decirle al conductor, que nos había pedido que le cebáramos

mate, que yo no entendía una palabra de castellano. No sé qué habrá pensado al verme con mi cara de india, capaz que se creyó que Renzo, tan alto y colorado, me había comprado en una reserva mapuche; quién sabe lo que sería capaz de imaginarse ese hombre.

Así que pasé la vuelta tranquila y con las piernas flojas, sin tener que responder preguntas, cebando mates lavados y escuchando las atrocidades que el tipo contaba de su mujer, y de cómo la engañaba con la prima, mientras Renzo hacía comentarios escuetos, sólo para que el chofer pudiera seguir exhibiendo su vida sexual, y me miraba cómplice, disfrutando que le estuviese agradecida por no meterme en esas historias incómodas.

Pero de eso había pasado mucho tiempo, y para la época en que queríamos saber de Eugenia, ya no se estilaba hacer dedo en la ruta, porque los camioneros, que siempre habían sido gente buena con los mochileros, habían dejado de parar, cansados de que los robaran apuntándoles con una pistola; y en el caso de que frenase algún coche, tampoco era recomendable subirse, porque te podía llevar a cualquier lado y tirarte reventado por ahí. Por entonces, cada vez que llegaba el verano, se hablaba del loco de la ruta. Decían que era un tipo que acuchillaba chicas y las violaba en la banquina, camino a Mar del Plata. Después se supo que era una banda de policías que asesinaban a las prostitutas que no pagaban la comisión de seguridad.

A pesar de que los cuerpos aparecían con la nariz y las tetas cortadas, los comerciantes se ponían paranoicos, y decían que la falta de veraneantes se debía a una campaña de los medios de Buenos Aires contra la costa. Aquello que se decía buen pasar se estaba pasando sin querer saber bien qué pasaba.

Pero nosotros, abroquelados como estábamos en esa casa, que se estaba transformando en una especie de fortificación para resistir contratiempos, pudimos encontrarle la vuelta al tema de Eugenia.

Teresa dijo que no la podíamos dejar sola y enferma después de la ayuda que había sido para nosotros. Ahora que Teresa también

trabajaba en el restaurante había entrado más en confianza con Mauro y le contó lo que pasaba. Arreglaron que para cuando bajara un poco la clientela (en unos veinte días, más o menos, terminaba marzo) él la iba a llevar en el Chevrolet a buscar a Eugenia para ver qué andaba necesitando, y de paso aprovecharía para comprar cosas que allá estaban más baratas: vinos, conservas y manteles.

Llegó el otoño y el fin de semana del viaje nos preparamos para ayudar a Clara en el restaurante.

Esperanza estaba más quejosa que de costumbre, no era una chica problemática, siempre se la veía muy saludable y voluntariosa, pero últimamente las ganas de vomitar se le hacían incontenibles cada vez que le ponían un plato delante. En el restaurante, con el olor a frito y la comida expuesta por todos lados, no podía estar. Por eso el fin de semana, en vez de ayudar a la madre, se quedó en la casa tomando agua con bicarbonato y dándose duchazos cada vez que le bajaba la presión.

Yo me ofrecí para cuidar a los chicos, así no la molestaban pidiéndole cosas, pero, como ni Renzo ni Antón se daban mucha maña en la cocina, nos dimos cuenta que lo mejor era que me quedara de ayudante de Clara, y que Renzo se fuera a acompañar a Esperanza, por si hubiera que llevarla a urgencias. Antón, que no pasaba de buenos días y buenas noches con ella, ni pensó en la posibilidad de cambiarle el lugar a Renzo, y prefirió ofrecerse para atender las mesas.

Funcionamos sin discusiones, como si hubiésemos trabajado siempre juntos. Clara se la pasaba cantando y el trabajo no parecía tan pesado con las ocurrencias de Antón. Cada vez que volvía con la bandeja repleta de platos sucios contaba alguna escena ridícula que le había sucedido en el salón. Una mujer se quitaba los dientes postizos para comer el helado y explotaba la risa en la cocina. Si se nos retrasaban los pedidos, los hijos descuidados de alguna pareja se asomaban por la puerta de la cocina para pedirnos un huevo frito. Clara los sacaba a los empujones, dándoles una torreja de

acelga o un sándwich de pollo frío, para que esperasen sin jorobar.

Ningún cliente se molestaba por estas libertades que nos tomábamos. Clara nos explicaba que todos los fines de semana la selva se llenaba de monos, porque el trato de Mauro era familiar. Ese fin de semana no hubo un cliente que no preguntara por él; incluso los que no lo conocían, pero que llegaban por recomendación de alguien, le dejaban saludos. Venían en coche o en moto de otras playas, y hasta se quedaban en la puerta esperando sitio; porque el restaurante era chico, tenía cinco mesas y un patio interior con tres más.

Pero, por más chico que fuera el restaurante, el primer día Antón quedó rendido de ir y venir por las ocho mesas que no paraban de reponerse. Mauro estaba acostumbrado a hacerlo, podía estar en el salón y en el patio, y al mismo tiempo ayudar a Clara en la cocina. Nadie entendía cómo lo hacía, ni cómo se mantenía impecable sin una gota de sudor o de grasa, dándose tiempo para charlar con los conocidos y contar anécdotas de Mar de Ajó a los clientes nuevos. Salía a las mesas y recomendaba lo que Clara le decía que tenían que sacar. Así también se desempeñó Antón y se diría que tenía casi el mismo don que Mauro para convencer a los comensales. Al día siguiente ya estaba mucho más práctico con los menús y el orden en que se tenía que acomodar para llevar paneras, bebidas, platos y postres a todas las mesas sin descuidar ninguna.

Mi trabajo se basaba también en la rapidez, pero para mí era mucho más fácil, porque al ser la mano derecha de Clara, tenía que prestar atención y hacer lo que ella me fuese pidiendo. Si estaba lavando vajilla en la bachaza y me decía que dejara todo y preparara la ensalada que Antón había escrito en una comanda, me cambiaba de sitio y colocaba en un bol de metal las verduras que habíamos rayado y cortado antes de empezar el servicio.

Cuando Teresa y Mauro volvieron de Mar del Plata, estábamos satisfechos por lo bien que nos habíamos arreglado en el restaurante, pero otros problemas se presentaron como para poder festejar.

Venían con Eugenia.

Habían recorrido todos los hospitales y clínicas de la ciudad hasta que al final la encontraron. Eugenia había sido trasladada de sala en sala y, como en Mar del Plata ya no quedaban camas, terminó internada en el piso de traumatología de un hospital de Batán, que es el pueblo de al lado. De esto se enteraron por una administrativa que se hizo tiempo para revisar los registros y descubrió que Eugenia Reyes estaba desahuciada. No se había dado parte a los parientes porque no los tenía, por eso quedó a cargo de una asistente social que había logrado meterla ahí, a la espera de una plaza en un geriátrico.

Cuando fueron al hotel donde se había hospedado tuvieron que pagar los seis últimos días de estadía para que le devolviesen el equipaje. Recién entonces les entregaron las tres últimas cartas sin abrir. Ahí estaba el dinero de los alquileres ensobrado en carbónico, junto a la propuesta de la ampliación de los patios.

Llegaron a Batán con un sol aplastante, sin esperanza de encontrarla respirando, pero la descubrieron sentada en la cama, con dos almohadas bajo la espalda, mirando televisión sin reconocer las imágenes de la pantalla ni a Teresa. El director no puso objeciones a que se la llevaran, estaba agradecido de poder deshacerse de un caso que ya no tenía remedio. Firmaron papeles y les dieron el parte médico. Le quedaban a lo sumo dos meses manteniéndola en un sitio agradable, con una dieta a base de agua, papillas y morfina. El tumor se había extendido tanto que ya no se podía hacer más que esperar el entierro.

Antón se cambió de habitación, volvió a la de Dani, y le dejó a Eugenia la que antes había sido nuestra. Pero Eugenia no estaba en condiciones de darse cuenta de estos movimientos. A Antón, por ejemplo, que se pasaba todo el día pendiente de ella, nunca llegó a registrarlo. Una vez preguntó por Fermín y cuando le trajimos otro gato, ni siquiera se dio cuenta de que era más pequeño y de otro color. Se lo pusimos en la falda y lo acarició un buen rato.

Después no, después pareció como asustada. Desvió la mirada hacia el zócalo y apartó las manos del gato. La noté aliviada cuando Marieta se lo llevó para jugar en el patio.

Me pasaba las tardes con ella, tratando de modelarle el pelo, pintándole las uñas y buscándole conversación. Antón iba y venía trayendo tizanas, flores y frutas, para ver si se tentaba con algo, pero parecía haber renunciado a comer otra cosa que no fuese el puré de zapallo que lográbamos embucharle de prepo, dos veces al día. Hubiera querido preguntarle sobre las cartas que había encontrado, hablar de esa mujer que le escribía, a quien yo imaginaba más joven que ella, pero no me hacía ilusiones; sabía que las posibilidades de mantener una conversación coherente con Eugenia eran remotas. Dentro de su reposo, Eugenia había forjado un escudo. Teresa y yo la bañábamos con regularidad, a pesar del fastidio que ocultaba con una caída de ojos y algún bufido cada vez que la metíamos en la bañera. Sólo demostraba interés cuando le leíamos el horóscopo. Escuchaba con atención todos los signos y finalizada la lectura me pedía que le repitiese Piscis. Yo sabía perfectamente que ella era de Escorpio, pero no me animaba a preguntarle nada.

Y eso que estaba amansada, ya no era la vieja gruñona del barrio; salvo el hecho de comer, nada la rebelaba. Cuando algo no le apetecía simplemente cerraba los ojos y simulaba dormir. No sé si alguna vez llegó a notar que se encontraba en la casa de al lado y no en la suya. Capaz que ni se enteraba de que la habían sacado del hospital, o a lo mejor se pensaba que estaba en el geriátrico y que nosotros éramos los enfermeros. En todo caso eso era precisamente lo que éramos: los enfermeros y los compañeros, los únicos amigos que tenía cuando se murió.

La enterramos sin llorar un miércoles bastante caluroso en el cementerio de Mar de Ajó. Los niños estuvieron todavía más juiciosos que de costumbre. Capaz que lo más triste de todo fue verlos a ellos, vestidos de negro hasta el cuello, con el sofoco y

el silencio endureciéndoles el gesto suave. Clara se había negado a que se quedaran en la casa. Lo engorroso fueron los trámites, tener que explicar los puntos que el escribano consideraba oscuros. Por suerte en esos días pasó Dani con sus hijos para que vean a su abuela y ahí nos conectó con un abogado amigo. Nos entrevistamos con él y en menos de una semana nos arregló los papeles en el registro de la propiedad, con el cambio de boletas y los títulos a nombre de Clara y mío.

Esto para mí significaba comerme el orgullo, porque a mí me había quedado mucha bronca con Dani de cuando éramos chicos. El abuso que había pasado en la escuela, Renzo lo curó con cariño, quedándose siempre conmigo sin lastimarme con recuerdos. Teníamos claro que no nos iba a servir de nada andar por la vida reviviendo lo que ocurrió en el cuarto de las escobas. En aquel entonces Dani, aunque no lo parecía, también era un chico de catorce años y estaba muy alterado. Su padre llevaba preso dos meses por una denuncia de torturas a unos detenidos, que nunca llegó a aclararse del todo, y mientras tanto todo Mar de Ajó no hablaba de otra cosa.

Además, después de la muerte de Eugenia, yo me di cuenta de que estaba embarazada, y lo que más me importó fue que mi hijo no tuviera que andar a los tumbos buscando techo. Pueden llamarme conservadora si digo que para vivir una persona necesita una casa, pero a mí me parece que más bien soy realista; es lo que a la gente le pasa cuando se da cuenta que los problemas de uno empiezan a ser nada al lado de la responsabilidad que presenta reproducirse. Aunque no es que yo me hubiese animado, sino que después de un mes de falta entendí que lo que había pasado en el cuarto azul ya no tenía vuelta atrás.

Antón se puso mal cuando le dije que no iba a cambiar, tenía los ojos podridos de lágrimas, pero no se enojó conmigo. Se volvió más ausente aunque no dejaba de observarme; una sola vez me tocó la panza y después se fue a pasar todo el día a la playa. Decía

que la gente que nacía al lado del mar copiaba las ondulaciones, permanecía honda pero variable y sin final a la vista. No se le entendía bien, yo no quería entenderlo, ni quería que nadie lo entendiese. Había proyectos nuevos.

Con el cambio de nombre de la propiedad, Clara ya no tenía que pagar alquiler. Considerando todo lo que estaba sucediendo, era una solución justa, pero a nosotros se nos creaba un nuevo inconveniente. Teníamos una casa, íbamos a tener un bebé, y otra vez nos faltaba dinero. Antes de enloquecernos hablamos con Mauro. Renzo le iba a pedir trabajo en el restaurante, pero Mauro le ganó de mano y propuso otro negocio en conjunto.

Se trataba de habilitar el comedor de Teresa como salón de té. Con la ampliación de la casa nos habíamos quedado con dos cocinas, y generalmente utilizábamos una más que la otra para reunirnos. Salvo Clara, que por lo general picaba en el restaurante, almorzábamos y cenábamos todos juntos, aunque Bernabé más que tragar se la pasaba jugando con la cuchara y los trocitos de carne cortados.

Mauro nos prestó las mesas y las sillas que usaba en el patio, en cuanto comenzara el verano, con la llegada de los turistas, se las podríamos reponer. Cuando el negocio funcionase planeábamos comprar algunos muebles en el remate, pero para empezar nos arreglamos con lo que teníamos y compramos cuatro juegos de té en el negocio de los chinos. Comenzamos sin demasiada audacia, con dos pasteles de manzana, pastaflora, pastelitos, sandwiches y cuatro variedades de té. Desde que se le había pasado la temporada de descomposturas, Esperanza se dedicaba a sacar jugos de fruta o licores. Y los curiosos de Mar de Ajó no se hicieron esperar demasiado.

Mauro iba y venía del restaurante al salón de té, al menos una vez por día, con el Chevrolet cargado de mercadería. No es que tuviésemos una clientela muy numerosa, pero poco a poco la gente se arrimaba. En los momentos de aburrimento, mientras

esperaban que llegasen los clientes, Renzo y Esperanza mataban el tiempo retomando sus partidas de ajedrez, y alguno que otro se iba acercando a mirar o a leer el diario que Renzo se encargaba de comprar todos los días, y otros se animaban a agarrar los libros que había sacado de mi cuarto para que vistieran un poco el salón. Se pedían un té calentito o una copa de coñac y se sentaban en la alfombra, sobre los almohadones que habíamos rellenado con Esperanza, con los pies descalzos frente a la estufa. Antón se ocupaba de mantenerla ardiendo con la leña que juntaba en sus escapadas. Cada día pasaba más tiempo deambulando entre los pinos por los caminos del bosque que llevan a la playa.

Empezó a venir cada vez más gente y nuestras noches se hicieron más largas y animadas, con lo que nos resultaba difícil convencer a los más chicos de ir a la cama. Marieta, además de sorda y silenciosa, se volvió noctámbula como Adamo, que es el gato que habíamos hecho pasar por Fermín. No sé de quién fue la idea de que el salón de té se llamara también así, puede que de Mauro.

Como había gente que no tenía tableros para jugar al ajedrez, compré uno en lo de los chinos. Venía en un paquete con otros juegos: un scrabel, una generala, unas damas y una ruleta. La mesa de billar la conseguimos después, cuando un cliente nos la ofreció a cambio de un porcentaje. La pusimos en el cuarto donde se había muerto Eugenia, Antón no lo había querido volver a ocupar, dijo que se arreglaba con menos espacio.

Los amigos que iban apareciendo se habían habituado a quedarse a conversar, a compartir las ideas que tenían sobre el pueblo, y a desahogarse de los problemas descubriendo que había otros a los que les pasaba lo mismo. Y así, como si fuese un club, se fue dando que algunos jugaban y otros hablaban, y que los que gustaban más de observar que de hablar pronto comenzaron a apostar sobre los que jugaban.

Después de un entredicho entre una pareja de bebidos que no volvieron más, los apostadores decidieron confiar en Teresa. Y

puedo dar fe, por estar siempre en los arreglos, que nunca hubo alguno que se sintiese defraudado. Todos consideran justo que fijemos un pequeño porcentaje para el local por tener a uno de nosotros haciéndose cargo de llevar las apuestas. Teresa tuvo que dejar la cocina para sentarse en una mesa con un cuaderno, un talonario de recibos y una caja registradora. Fue ella la encargada de hablar con la policía para que no nos cerraran el salón por juego clandestino. Cada noche llega algún viejo colega de Roque para que lo invitemos a tomar algo y le damos un par de fichas para la ruleta.

Por eso algunos jugadores, cuando quedan pelados, es corriente que se vayan un tanto enojados, diciendo que en Adamo siempre gana la policía, pero a la noche siguiente vuelven a aparecer, como si no hubieran dicho nada, o más bien, como si en un salón de juego las palabras de un perdedor no tuvieran crédito. Nosotros entendemos que vienen a ganar y cuando no tienen con qué, Renzo les presta con un interés módico. Al fin de cuentas es algo que se puede hacer con los fondos que reunimos del porcentaje de las apuestas, y es un dinero que cada vez aumenta un poco más la caja.

Podemos vivir más holgados, la gente, en cambio, se nota que tiene gastos o inquietudes más grandes y nos pide prestado, no ya para jugar a la ruleta o al billar, sino para hacer arreglos en la casa o por un problema de salud inesperado. Por suerte nosotros podemos ayudar y Renzo se abocó de lleno a esto, sin descuidar la huerta que lo sigue apasionando, por el placer que le proporciona experimentar con cultivos nuevos y exóticos. Ahora está entusiasmado con unos juncos largos, delicados y blancos, de cabeza verde como espárragos, que flotan en el estanque artificial que unos obreros cavaron en el jardín.

Para pedir dinero algunos vecinos llegan a empeñar objetos interesantes que Renzo acepta porque sabe que me alegran, y ahora le encuentro el gusto a decorar el salón con las adquisiciones usadas. Ya no tengo necesidad de guardar mis cosas bajo llave en

la habitación azul. A esto se debe la araña de cristales color ámbar que domina el techo del bar, y el biombo de seda rosa que usamos para hacer un reservado, donde se puede conversar con mayor discreción. En el patio, la mesa y los sillones de hierro forjado aguardan, húmedos de rocío helado, la época en que las campanillas y el peral florezcan, y llegue el tiempo de encender las antorchas contra los mosquitos, para alumbrar, junto con el blanco húmedo de los jazmines y los destellos de las luciérnagas, la noche cargada de olor a yodo que trae el viento de la costa.

También para noviembre nacerá nuestra hija. Decidimos ponerle Eugenia, y lo más probable es que unos días antes, a finales de octubre, nazca el hijo de Esperanza. Después de cuatro meses de aguantarse callada los cachetazos de Clara lo señaló a Antón. Cuando Mauro se enteró lo quiso matar, salió a buscarlo con un cuchillo de cocina, pero Renzo pudo retenerlo a cinco cuerdas del restaurante y lo convenció de que un desastre así iba a complicar todavía más las cosas, que lo importante era cuidar de Esperanza, respetar lo que ella quisiera hacer. Es notable, porque a pesar de que sigue sin recordarlo con ningún afecto, Esperanza se niega a explicar cómo sucedieron las cosas, no habla de abusos e insiste en que su hijo se llame como el padre.

Lo único que ese chico va a tener de Antón Cugat es el nombre, pero no el apellido. Yo lo encontré antes de que se fuera, hablamos en el bosque sin acercarnos al agua, me sentía bastante mal, había pasado todo el día con la panza dura y un cansancio que por poco me hace faltar a la última cita. No necesitaba pedirle explicaciones y él tampoco me las exigió a mí. Antes de despedirse me pidió que cuidara de mi hija, que no la dejara hablar con extraños y que le transmitiera el culto a la reserva, como buena bisnieta de india que soy.

Madrid, 2003.

# NATALIA REYNOSO RENZI

(La Plata, Buenos Aires, 1975). Estudió Magisterio y Filología Hebrea. En el año 2002 emigró a Madrid y desde el 2004 vive en Barcelona. Tiene una hija. Es co-autora, junto a Alejandro Dato, de la novela *Morir Afuera*, editada por Red Ediciones en el año 2012. Sus cuentos y artículos fueron publicados en *Azul infinito*, *A priori*, *Iguazú*, *El Día*, *Bicho Mosquito*, *Alternativa* y Editorial *La Comuna*. Su próximo libro, *Un volcán es una montaña que dio a luz*, está próxima a editarse.

@nataliatxt / natalia-renzi@hotmail.com

# **OTROS TÍTULOS PUBLICADOS**

**Maltratado de Crítica / poesía**  
David Wapner

**Molgo Raf / narrativa**  
Alejandro Dato

**Sobre mi mesa más limpia / poesía**  
José Antonio González Robles

Descargalos en  
**[www.edicionesrevolver.com](http://www.edicionesrevolver.com)**

# INDICE

Créditos .....	3
Prólogo .....	5
De las Indias con amor .....	8
Natalia Reynosos Renzi .....	36
Otro títulos Publicados .....	37

